HASIER LARRETXEA

EL LENGUAJE DE LOS BOSQUES

Un diálogo con el paisaje.
Con el tacto y el olor de la madera.

ESPASA

Hasier Larretxea

El lenguaje de los bosques

Ilustraciones de Zuri Negrín
Fotografías de Paola Lozano Flores

ESPASA

ESPASA NARRATIVA

© Hasier Larretxea, 2018
© De las ilustraciones, Zuri Negrín, 2018
© De las fotografías, Paola Lozano Flores, 2018
© Espasa Libros S. L. U., 2018

Depósito legal: B. 525-2018
ISBN: 978-84-670-5166-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

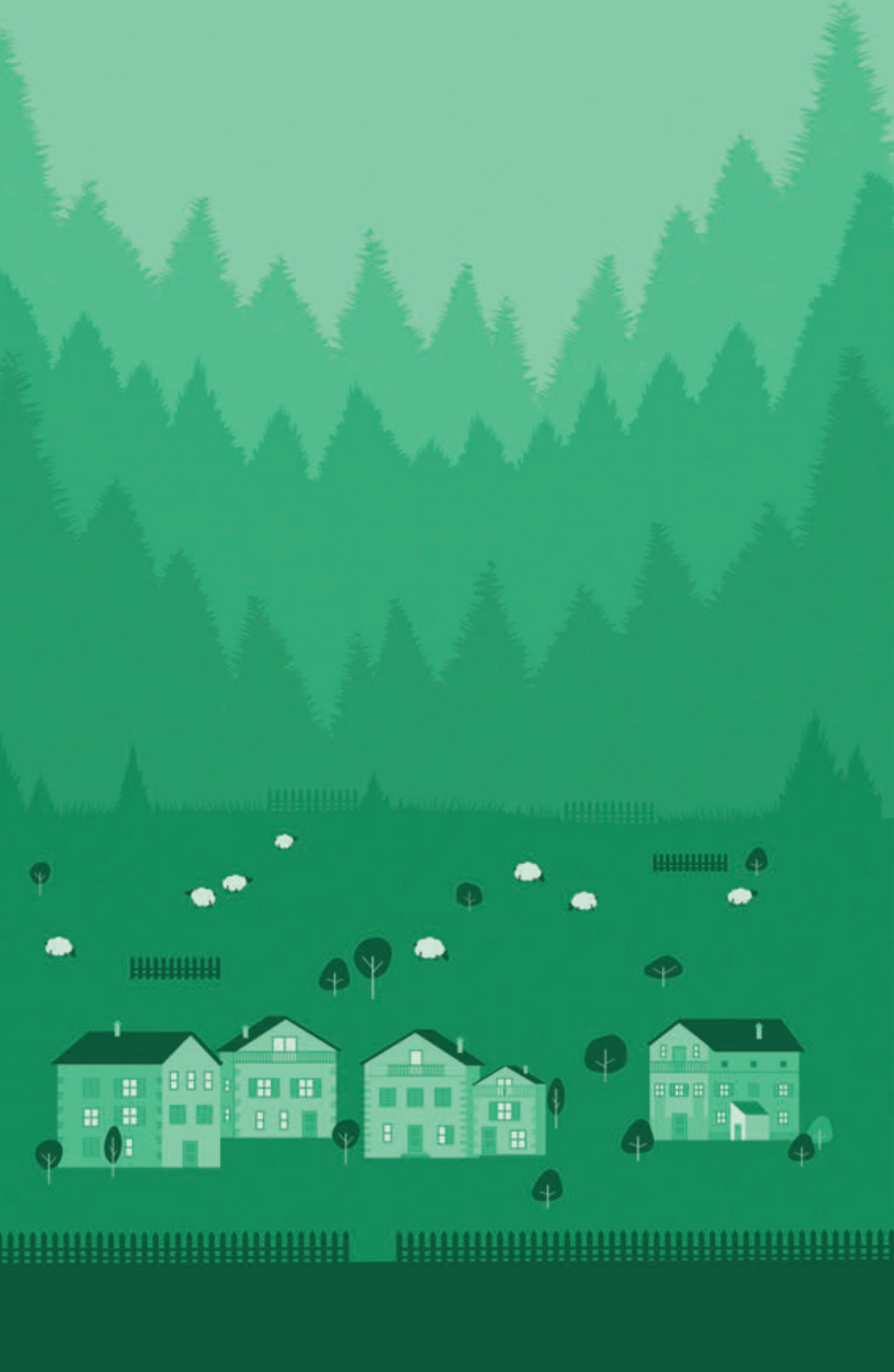
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO I
El sonido del hacha



En los límites del bosque
habita siempre el recuerdo
donde siempre oscurece.

Existe una pulsión y una necesidad que se está viendo plasmada en el cambio de las vidas asfixiadas y alienadas en las grandes urbes, donde se alistan en fila como hormigas en cada hora punta tras salir del vagón correspondiente de camino al trabajo. Y así cinco días a la semana. Y así durante todo el año. Y así durante toda una vida. Y eso en caso de tener un trabajo estable.

Sin duda, estamos ante una automatización de las vidas redirigida a la producción y al cumplimiento de horarios y deberes que se llevan gran parte del día y del tiempo del que disponemos.

Entroncando esto con la precariedad laboral y generalizada, así como con la pérdida de rumbo, esperanza y de estímulos tanto en las ciudades como en localidades más pequeñas, la naturaleza, y especialmente los bosques, se erige como el fuerte donde sanar muchas taras, carencias y necesidades que quedan latentes en las vidas comprimidas por el cumplimiento de unos horarios férreos y de unas responsabilidades. Una vorágine en la que desaparecen los espacios propios donde escuchar la voz interior o poder establecer contacto visual y emocional con todo lo que nos rodea, que, al fin y al cabo, es la naturaleza.

Es por ello, con la intención de encontrar mi propia brújula dentro de la vorágine en Madrid, por lo que me embarco a buscar todo aquello que ha formado y forjado mi identidad. Ese paisaje que se despliega cuando pienso en la familia, en los amigos, en la calidez de una mirada que se proyecta desde lo alto de las montañas de ese norte que también es rumbo, reencuentro y procedencia.

Me dirijo tras el sonido del hacha en el bosque, tras esas huellas donde encontrar a todas las personas que habitan en este libro. Una a una crearán, como los anillos del árbol, una historia propia que dialogará junto a las demás; donde el latido fortalecido y robusto del bosque es el nexo que entreteje todas las vivencias, identidades, tradiciones y proyecciones.

Espero encontrar en este viaje hacia los orígenes algún atisbo de la mirada de aquel niño que fui. Dar forma y vida a las fotografías de esos álbumes familiares en los que, de fondo, se atisbaba siempre el verdor y la fortaleza del paisaje.

Por y para todos los leñadores, seres de los bosques y personas que han trabajado, y siguen trabajando con cariño y dedicación, la madera en sus diferentes vertientes.

Que encontremos en el interior de los bosques, y en esa creencia en relación al contacto con la madera y el entorno natural, la luz que nos guíe en los días en que se nos nuble el pensamiento.

La distancia es una manera de volver

Hace doce años que decidí abandonar la vida rural del pueblo de Arraioz, ubicado en el valle de Baztan, y comencé a vivir en Madrid. El valle se ubica en la comarca del Baztan-Bidasoa, al

norte de Navarra, en la zona de los denominados Pirineos Atlánticos. Pasé así de vivir en un pueblo que no superaba los trescientos habitantes a una urbe de asfalto con millones de personas. Del sonido del cencerro de las ovejas al de los zapatos y los tacones sobre el asfalto. De la visión del colegio, en el que compartíamos aula alumnos de diferentes cursos, y la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, donde fui monaguillo, pasé a contemplar la fachada basada en la *Metamorfosis* de Escher en el número catorce de la calle Romanones y un patio interior en la plaza de Tirso de Molina. Los atardeceres en los que avistaba el pueblo desde lo alto de la montaña se transformaron en la visión desde la Dalieda de San Francisco con la silueta del Parque de Atracciones de Madrid tocando el cielo enrojecido de la parte oeste de la ciudad. El imaginario de los edificios señoriales del Baztan fue absorbido por el tráfico ruidoso y el aprendizaje de esquivar a los peatones con ritmo ligero en pasos de cebra.

Esto lo cambió todo. Es ahí, en la distancia emocional y geográfica tras cortar el cordón umbilical, dejando atrás ese universo rural tan apegado a la madera y a los bosques, donde comenzó, años más tarde, mi regreso a los riachuelos, senderos y montañas. Volví a través de la reflexión personal, después de un tiempo de desapego y limpieza interior, a la llamada de los ancestros, a esa bondad que ensancha las facciones curtidas en las laderas del valle.

Porque para volver a un lugar y estar presente y apreciar los valores que ofrece, primero hay que marcharse y mantener una distancia. Así ha sido en mi caso, movido también quizás por la necesidad personal de buscar una libertad individual que tal vez no tenía antes de la decisión de comenzar una nueva vida. Una nueva rutina en la que dejaría de ver el humo que emanan las chimeneas de los caserones y de escuchar los mugidos de las

vacas; en la que se terminaría el disfrutar con el paisaje boscoso y todos los recovecos de mi lugar de origen, que también simboliza esa zona de confort que hay que romper para crecer como persona. De esta manera he podido cortar las ortigas y las zarzas que obstaculizaban cada paso que pudiera dar en mi lugar de origen. Los pasos se aligeraron, como si pudiera deshacerme de un peso, de una carga que arrastraba años atrás. Emergería así una nueva persona, renovada.

Gracias a esta distancia he aprendido a valorar muchos aspectos y vivencias que siguen aferrados a aquellas montañas, a la vida construida alrededor del caserío y, sobre todo, a valorar mucho más mi relación con los bosques y la madera. Creo que de pequeño, y si hubiera sido por mi padre, habría visto (probablemente así fue) antes un tronco que un juguete para construir ese mundo propio e imaginario de los niños en el que me distraía puntuando carreras de coches mientras mi madre veía telenovelas. Aún guarda mi madre en el trastero todos los juguetes de la infancia con la ilusión de que algún nieto herede todos los Playmobil.

Pero más allá de los juguetes propios de un niño, mi padre siempre me llevaba a la explanada que se ubicaba detrás de los pisos de protección oficial del pueblo. Fue en ese primer bloque de viviendas construido a comienzos de los años ochenta en Arraioz, el pueblo natal de mi madre, donde mis padres adquirieron el piso. Y en esa explanada, entre el río Baztan y el entonces flamante edificio, mi padre ubicaba y amontonaba troncos que luego utilizaba para entrenar y prepararse para futuros campeonatos o exhibiciones en los que realizaría diferentes modalidades de deporte rural, con el hacha y la sierra, o incluso levantando pesadas piedras. También en la modalidad de carrera de *txingas*, dos pesas de cincuenta kilos, una en cada

mano, que simbolizan el transporte de cantinas de leche entre los caseríos. Recuerdo que allí, en esa misma explanada, mi madre nos fotografió una vez a mi padre y a mí. Él llevaba un jersey de chándal azul de Adidas y los pantalones azules de trabajo. Sujeta con un hacha, la madera que se erigía de pie. Al parecer, cuando tenía cinco años me obsesioné con el corte vertical de la madera después de que mi padre me llevara al estadio de Atocha, en Donostia, a sesenta kilómetros del pueblo, a ver a cortadores de troncos australianos. En la fotografía aparezco con mi gesto habitual cuando me expongo a los rayos de sol, con el ojo derecho cerrado. Completando mi atuendo, unos pantalones de pana azules y un jersey de lana que seguramente habría hecho mi tía Juanita, la hermana de mi padre. En las manos sujeto el hacha roja pequeña que utilizaba de niño. La sonrisa de mi padre es inmensa.

Pensar en bosques y en la madera es recordar inmediatamente esa sonrisa de mi padre Patxi. Su ímpetu, su empeño y su esfuerzo. En mi caso, la madera ha conformado parte de un ideario simbólico. Uno de los primeros olores que recuerdo es el del fogón, con las astillas que subían en la cesta de mimbre a hombros, quemándose. O el de la astilla húmeda y fresca que salía disparada de los troncos que cortaban. Me gustaba introducir los dedos en las montañas de serrín y acercarlos a la nariz para apreciar su olor. Mi padre es una de las personas que mejor conocen los bosques y la madera. Sus enseñanzas de vida siempre han estado aferradas a esos materiales y símbolos. Él es el poeta del bosque, además de ser un *basajaun*[1] del siglo XXI.

---

[1] Personaje de la mitología vasca que se desarrollará con mayor precisión en el capítulo 8.

Y si mi padre es un poeta del bosque, para mí la literatura es el homenaje que puedo brindarle a mi familia. Es la manera que tengo de estar junto a ellos, con ellos. Es la voz de los antepasados que he ido forjando y plasmando para mantener vivas aquellas experiencias y situaciones entre lo mágico y lo rudo, entre lo místico y lo terrenal. Porque inevitablemente se cuelan muchas vivencias e historias mágicas y místicas relacionadas con el culto a los árboles y la convivencia con esos espacios boscosos que la neblina y la oscuridad en los arroyos convierten en lugares idóneos para construir historias que se han transmitido generación tras generación.

Historias que afortunadamente pude documentar cuando volvía al pueblo a hablar con mi abuela materna Leonita, grabando sus vivencias a pesar de las primeras reticencias, por otro lado comprensibles, que entroncan muy bien con ese carácter del norte de cuidar y guardar lo que es de uno. Esa amplitud de miras de las personas reservadas que no utilizan una sola palabra de más y que, cuando hablan, como les sucede a los leñadores, lo hacen con determinación.

Además de estas historias orales, otra de mis premisas son unas palabras del poeta Francisco Javier Irazoki, nacido en 1954 en Lesaka, a veintisiete kilómetros al noroeste de Arraioz. Hace años que él también abandonó su lugar de origen para proyectar su mirada elegante y cuidada desde París. En el poema «Gente que camina en mi mente» del libro *Orquesta de desaparecidos* (Hiperión, 2015) nos rememora la imagen poderosa que se va diluyendo con las personas que nos van dejando. Es una secuencia que me ha perseguido —y me sigue persiguiendo— durante años, uno de los *leitmotivs* para seguir escribiendo:

De noche suenan los teléfonos y escucho las voces que llaman desde el país donde nací.

Me anuncian la muerte de una persona que conocí en mi infancia o juventud e, inmediatamente, siento la desaparición de un paisaje. La superficie que se desgaja deja en la niebla un torso, los brazos, los pies que fueron dos caminos paralelos. El roble y la higuera son ojos borrados cuando las frases salen del teléfono y entran en mis oídos.

En mis visitas a Lesaka, compruebo que los terrenos se han encogido. Las púas de los alambres que delimitaban las praderas sujetan ahora unos retales blancos, y el viento bate esos jirones de las ropas de los ausentes.

Otras llamadas siguen despegando las calles del pueblo, y aumenta el grupo de hombres y mujeres que pasean en mi memoria al despedirse de una patria de huecos.

Pronto seré el viejo que lleva en un bolsillo toda la extensión de su tierra.

Nací en los inicios de la década de los ochenta, mientras el paisaje empezaba a salir del letargo del invierno y los pájaros comenzaban a pronosticar la llegada de la primavera con las flores de San José. La claridad mayor de los rayos del sol iluminaba por fin los lugares que durante los meses fríos se habían mantenido sombríos en el pueblo de Arraioz, en el tranquilo y verde valle del Baztan. Ubicado en el norte fronterizo de Navarra que guarda en su memoria historias de agotes y contrabandistas, la savia de las brujas que quemaron en las hogueras y una mitología arraigada en la naturaleza que es parte de la vida de sus habitantes, dedicados mayoritariamente a la agricultura y la

ganadería. Fuimos la primera promoción que se alfabetizó en euskera en el colegio del pueblo. Fuimos también los primeros en poder elegir si realizar o no el servicio militar. Los primeros en experimentar con la LOGSE.

Eran tiempos en los que el euskera comenzaba a dejar de ser el idioma de los agricultores y ganaderos, denostado durante el franquismo por muchas familias y entornos clasistas, para pasar a formar parte de nuevas hornadas de alumnos que darían continuidad al espíritu viajero de los antecesores. Tanto para formarse como para trabajar, en muchos casos fuera de los límites del valle. Años más tarde, tras la construcción de dos túneles en la N-121-A, el valle y la comarca mejorarían exponencialmente su conexión directa con Pamplona. Atrás quedaban los trayectos interminables y sinuosos, en caravanas de vehículos detrás de los camiones que apenas superaban los cuarenta kilómetros por hora, a través de curvas cerradas hasta atravesar el puerto de Belate a ochocientos cincuenta metros de altitud. Un tramo que, antes de la construcción de los túneles, teníamos que atravesar inevitablemente para llegar a la ciudad. No hubo un solo trayecto en el que no cogiéramos agua de la fuente ubicada un poco antes del alto en dirección al sur en botellas de plástico recicladas. Con el tiempo se terminaría mejorando también la peligrosa carretera que atraviesa la comarca, siguiendo el tramo que realiza el río Bidasoa hasta Gipuzkoa, para la tranquilidad de los habitantes de la zona.

Recuerdo que, cuando éramos niños, el tramo de la N-121-B que cruza el valle, conocida como la carretera del Baztan, era donde más nos esmerábamos en mirar a los dos lados de la carretera. En alguna ocasión se quedaban dos coches en direcciones contrarias sin poder atravesar el puente que une los dos barrios del pueblo de Arraioz. El primer barrio es Urrutia,

donde se ubica el Palacio Jauregia de Vicuña, de camino a la iglesia, el más antiguo de la localidad. En el barrio se encuentran también la misma iglesia, el colegio y el frontón Ariztialde. El otro barrio es Mardea, en cuya plaza se celebraban, cuando era niño, las fiestas del pueblo. Este barrio se fue construyendo bajo los Palacios de Jauregizarrea y Zubiría, donde en el año 1612 nueve mujeres del pueblo fueron encerradas tras ser acusadas de brujería por enemistades y rencillas entre familias de la localidad, incitadas por el abad del Monasterio de Urdax. En la actualidad, lo que sobresale nada más llegar al pueblo es el gigantesco hipermercado abierto en el año 2010. Años antes, nadie podría haber pronosticado que construirían semejante espacio en unos terrenos de uso doméstico al lado del río.

Mi nacimiento llegó en 1982 de manera inesperada. Mis padres eran entonces muy jóvenes, mi madre tenía veinte años y mi padre veintisiete. No habían previsto, de ninguna manera, tener un hijo cuando recibieron la noticia del embarazo. Puedo imaginar la reacción entre sudores y nerviosismo de mi madre. Entonces, a principios de los ochenta, trabajaba como cuidadora de dos niños en la localidad guipuzcoana de Hondarribia, a veinte kilómetros de Donostia, ubicada en el punto de la frontera con el País Vasco francés donde desemboca el río Bidasoa. Ese río de nombre variable que atraviesa los pueblos y lugares que formaron parte de mi crecimiento y son la llave de la memoria en la comarca del Pirineo Atlántico de Navarra.

Sí, sin duda puedo imaginar la cara de miedo y de responsabilidad repentina de aquella mujer que había recibido una educación marcadamente católica por parte de sus padres. Y es que a comienzos de los años ochenta era inimaginable tener hijos sin haberse casado con anterioridad. Desde luego lo era para mi madre y mucho más para aquel pensamiento conserva-

dor. No tuvieron mucho tiempo para realizar los preparativos de su boda, intentando que no se notara en las fotos para la posteridad que ella estaba embarazada de cuatro meses. Sin duda, se ponía nerviosa cuando, de pequeño, les preguntaba por ello. Y al parecer, les hacía preguntas constantemente. Cuando se cansaba de mis preguntas, o no sabía la respuesta, me mandaba callar.

Tendrían dos hijos, los dos varones. En lugar de ponernos lazos, nos hacía la raya al lado antes de ir a la misa mayor. Ella soñaba con tener una hija a la que poder ponerle Agurtzane, la traducción al euskera de su nombre, Rosario. De hecho, en alguna agenda personal escribía con ese otro nombre. Mi hermano Garikoitz aguantó el peso de la religión mucho menos que yo. Casi nada. En mi caso, quizá por mi carácter dócil y por la presión que recibía por parte de mi madre y mi abuela, hice hasta la confirmación, aunque ya no lo tuviera claro. Me sorprendía que nadie se cuestionara ese sacramento. Ni siquiera los más espabilados. De hecho, recuerdo que hasta los jóvenes más rebeldes y punks la hacían sin rechistar. En aquel entonces yo simplemente era un niño rollizo y bondadoso, dócil y con pinta de empollón. Y eso también tuvo su tara y un precio a pagar.

Mis padres consiguieron agilizar los trámites para casarse en la iglesia de la Asunción de Arraioz, la misma donde terminaría siendo monaguillo unos años más tarde y aprendería, por indicación expresa del párroco, a pasar la cesta hasta en los espacios donde la gente se quedaba de pie en los funerales más masivos. Con los años, mi madre también ha perdido la ilusión de ir a misa con frecuencia. En nuestras conversaciones al respecto le recuerdo siempre que la esencia está en la actitud de cada uno, sin esa necesidad insaciable de demostrar, por los demás y para

los demás, presente en muchos lugares. Hoy en día aborrece, como tantas personas, a aquellas que acuden a comulgar con cara de no haber roto nunca un plato para comenzar a hablar mal y criticar nada más salir de misa, como si necesitaran de la redención de Dios para calmar sus almas atormentadas.

Es en estos valles verdes y boscosos, repletos de la sabiduría y energía de la naturaleza enraizada en la cotidianidad, donde se forjaron las expresiones y cierta identidad afilada de mi familia. No nos enseñaron, por ejemplo, a decir «te quiero» ni a abrazar con intensidad. A veces llegan tarde las expresiones de cariño. Quizá aprendieron, aprendimos, a mostrar el cariño de otra forma. Mi madre le sigue preguntando con frecuencia a mi padre si la quiere y él, a día de hoy, sigue sin ser capaz de decirle que sí. No le salen las palabras. Dice que eso es cosa de ñoños. Se ríe, se pone nervioso. No puede, o tal vez no necesita, encauzar con palabras una expresión o un sentimiento.

En una ocasión en la que no recuerdo si mi madre llegó a escucharle, afirmó con rotundidad que para él la mayor muestra de cariño es despertarse cada día a las cuatro de la madrugada para ir a trabajar al monte. De hecho, en muchas jornadas no llega a casa antes de las diez de la noche. Mi madre le espera en el salón del piso, con la compañía de la televisión, acurrucada bajo una manta. En la actualidad me parece todo un logro que se permita pasar un fin de semana en Madrid con nosotros. Y a pesar de ello, cuando llega el domingo por la mañana, bien temprano, durante el desayuno, puedes ver claramente en su mirada que su pensamiento ya está lejos de la ciudad, reflexionando sobre el equipo que tiene que preparar para ir al monte, sobre cómo va a organizarse la semana de trabajo y sobre cuánta madera tienen que sacar. Una vez que terminamos de desayunar, salen rápidamente de nuevo rumbo al norte.

Cuando éramos aún niños mi hermano y yo, mi padre nos llevaba en viajes puntuales. Se trataba de escapadas que hacíamos totalmente sin planificar y siempre alrededor del paisaje montañoso norteño de bosques y naturaleza. Para él, además de madrugar para trabajar sin descanso, la mayor muestra de cariño fue poder pagar el piso de protección oficial en Arraioz con el dinero que había ahorrado a lo largo de meses de trabajo sin salir de la selva. El poder pagar mes a mes el frigorífico, la lavadora, los muebles. El piso. El salón aparece medio vacío en las fotografías en las que me aúpan cuando estaba recién nacido. Sus caras sonrosadas expresan a la vez tanto el cariño como el temor y la responsabilidad ante mi presencia. Al fondo, una cabeza de ciervo disecada le da aún más fuerza a esa fotografía en la que mi padre aparece con una barba prominente de meses, imagen viva de lo puro y salvaje. Sus manos grandes y fuertes agarrándome con firmeza.

Durante mi infancia me lanzaba sobre su cabeza para agarrarme al vuelo o zarandeaba mi jersey mordiéndolo con sus dientes, dejando después algún resto de sus colmillos afilados. Algún agujero en la ropa. También un día se encargó de hacer su representación de un oso pirenaico gruñendo desde el fondo del pasillo, en la oscuridad, para asustarme. A mí me encantaba corretear por la casa para esquivarlo, pero era imposible. Los metros cuadrados de una casa de protección oficial no eran los mismos que los que tenían los caserones del pueblo. Mi padre emitía rugidos, sonidos de aquellos animales con los que convivía durante meses en el bosque del Pirineo. Me cogía con los colmillos afilados y me zarandeaba, lanzándome unos metros hacia arriba. Recordamos entre risas cómo un día, asustado, me abalancé hacia la cocina para salvarme del acecho del animal salvaje y en la búsqueda de algún cobijo (he de reconocer que

aquel fondo oscuro del pasillo me atormentaba, como si estuviera a punto de salir algún animal mágico y fantasmagórico para asustarme) me encontré con que mi madre cerró en aquel momento la puerta, cansada de nuestro griterío. Con el impacto, rompí el cristal y me llevaron a urgencias con algunos rasguños en la muñeca. No sé por qué razón me aterraban los puntos. No hacía más que gritar «¡puntos no, puntos no!». El médico me puso una venda. Cada vez que miro la muñeca derecha y contemplo las dos pequeñas cicatrices, recuerdo aquellos juegos. Tatuajes naturales llenos de significados. El testimonio de un tiempo. De las camisetas agujereadas por él.

Sí, aún quedan camisetas agujereadas de cuando era niño. Y no, no era otro niño quien me zarandeaba o tiraba de la camiseta. Mi madre todavía conserva aquel polo rosa. Sin darse cuenta, ha sido una mujer adelantada para su tiempo y el pueblo y lo fue demostrando en los pequeños gestos hacia aquel hijo mofletudo y sonriente. Los agujeros de las camisetas parecen realizados por una dentadura prominente, por unos colmillos consistentes. Habitualmente se pueden palpar cuatro agujeros por cada costado superior, a la altura del hombro. Y no son restos de algún animal salvaje del bosque ni de algún perro que ladraba, como si no hubiera fin, al pasar por delante de la cadena pesada que lo ataba a la pared de una casa con mucha historia pasada, pero que en la actualidad rezuma la soledad solterona de los hijos que no encontraron anclajes en la vida.

En las fotos de su boda mi padre aparece con un ojo amoratado por una concatenación de rebotes y casualidades. No podría ser de otra manera. Si no, no sería él. Una semana antes de la celebración realizó un corte limpio, con la motosierra, a un abeto de grandes dimensiones en el bosque de Gamueta, muy cerca del camping de Zuriza, entrada a la provincia de

Huesca y lugar donde nace el río Veral, un afluente del río Aragón. Allí se encuentra el refugio de Linza, a pocos kilómetros de la localidad oscense de Ansó. Tuvo tan mala suerte que el árbol que cortó terminó aplastando un haya que estaba en el suelo, junto a la plantación, creciendo a la par del abeto. El haya es un tipo de árbol de una gran flexibilidad, lo que provocó que, dado que no era posible ver lo que se escondía debajo de las ramas, el abeto terminara impactando sobre el haya al caer. Esto hizo rebotar sus ramas flexibles, que salieron disparadas contra él después del contacto con la motosierra. Mi padre no pudo reaccionar en aquellas escasas milésimas de segundo y las ramas le impactaron de lleno y con violencia en el ojo derecho. Recuerda que, debido al violento impacto, perdió la vista durante lo que le pareció una eternidad. El agua fresca del riachuelo que lanzó desesperadamente sobre su ojo amoratado fue entonces su única salida para intentar rebajar la hinchazón y el dolor. Sin embargo, a pesar de la gravedad de la herida, no fue a que un médico le viera el impacto y continuó con sus labores como si nada hubiera sucedido. Aún con el ojo dañado, y con la visión todavía mermada por el golpe, ese mismo día participó en una exhibición de corte de troncos en Pamplona, haciendo una parada en la ciudad antes de volver rumbo al hogar. A pesar de no haber recuperado la visión del todo, consiguió terminar su demostración de hachas. Como en tantas otras ocasiones a lo largo de su vida, no había tarea o reto que le resultara imposible. No hubo ni un solo nudo que se le resistiera. Aun herido y sin poder ver con claridad, salió a la plaza y cumplió con lo que creía adecuado, con su compromiso.

Mi padre siempre ha tenido esa fortaleza de las personas curtidas en la dureza del bosque. Capaz de afrontar con destreza cualquier dificultad. Era esa energía que le desbordaba la

que ganaba el pulso a los contratiempos que surgían, tanto en su trabajo en los bosques con la explotación forestal como en las competiciones de deporte rural vasco. Con las mismas heridas en el ojo que, una semana después de su accidente, presentaría en las instantáneas de su boda. Las cicatrices marcando uno de los días más importantes de su vida. Cicatrices y golpes que modificarían la orografía de su cuerpo al igual que cambian los lugares. Como el restaurante donde celebraron el banquete. Un enorme espacio que no ha aguantado el paso del tiempo y de las décadas y que sobrevive como el fantasma de un edificio que simboliza los restos de una época dorada llena de resplandor.

Desde que era un niño aparezco en decenas de fotografías familiares con hachas pequeñas dándole golpes al tronco, sin sujeción, simplemente inmovilizado por mi padre con sus pies. En otras fotos mi madre captaba el momento exacto en el que alzaba diminutas piedras hechas con madera, vestido con la indumentaria tradicional de los levantadores de piedras, mientras mi hermano, a mi lado, vestía de calle. Era mi padre quien se encargaba de ajustarme la faja. Tenía que dar vueltas sobre mí mismo para que la pieza alargada de tela permaneciera firme y cubriera correctamente la espalda. Completaban la indumentaria unos pantalones azules anchos cortados para el apoyo de los cuádriceps y la parte superior reforzada en la zona en la que cae sobre el hombro la piedra. La mayor ilusión para mi padre hubiera sido que continuáramos su estela, que aprendiéramos los secretos del deporte rural para presentarnos en campeonatos y llevar a las plazas ese espíritu competitivo y de superación que venía unido al apellido Larretxea. Sin embargo, tengo la sensación de que ni mi hermano ni yo hemos sido nunca muy competitivos a esa escala. Ambos sabemos apreciar y valorar ese

ejercicio y dedicación, pero no de una forma tan profunda y motivadora como para dedicar parte de nuestra vida al deporte tradicional. Mientras que mi hermano aguantó algo más, llegando incluso a obtener alguna *txapela*[2], y todavía hoy en día participa de vez en cuando en alguna exhibición, yo me apeé más bien temprano de ese camino.

«Todo deportista tiene un mal día» sigue siendo, años después del fatídico día en el que me di cuenta de que no iba a continuar la senda del deporte, la respuesta de mi padre cuando recordamos el malogrado campeonato de corte de troncos en el que fui incapaz de terminar el trabajo. Era todavía un adolescente de diecisiete años cuando, en el frontón de Santesteban, un pequeño pueblo ubicado diez kilómetros al oeste de Arraioz, no conseguí terminar de cortar las maderas preparadas en la competición. El campeonato consistía en cortar por la mitad un total de seis troncos clavados con travesaños para que no se movieran, dos de ciento cinco centímetros y cuatro de ciento veinticinco centímetros de circunferencia. Igual que se hacía en la antigüedad, cuando no había otras herramientas más modernas para abatir y trocear los árboles, los campeonatos de corte de madera son una representación en vivo que intenta mantener una cultura y las labores aferradas a los caseríos y a los bosques.

En aquel entonces ya pesaba, y mucho, el apellido Larretxea. Mi padre tenía el salón lleno de *txapelas,* trofeos y éxitos, sobre todo en modalidades como la *txinga-erute* (transporte de pesas) y el levantamiento de la piedra pequeña de cien kilos. Mi tío Donato, por su parte, tenía a sus espaldas una trayectoria de

---

[2] Boina de gran tamaño que se obtiene al ganar una modalidad concreta en un campeonato de deporte rural.

primera línea como cortador de troncos, con mi padre como su mano derecha y apoyo fundamental, junto a preparadores y demás amigos y apoyos que recibía, y a día de hoy recibe, puesto que sigue participando en eventos. Aquel día en el que tenía que cortar seis troncos en Santesteban, llegué a un punto en el que las manos no me respondían. Comencé a notar los brazos agarrotados por la tensión y por no poder aguantar la presión que sentía por ser hijo y sobrino de deportistas conocidos y de primer nivel en el deporte rural vasco. Aunque llevaba guantes, aquellas manos sin curtir y acostumbradas al bolígrafo o al ordenador en lugar de a manejar una azada, un rastrillo, una motosierra o cualquier otra herramienta o utensilio, comenzaron a sangrar y a teñir de rojo los pantalones blancos con los que se participa normalmente en una competición. Por si no fuera suficiente, unas semanas antes de aquella competición, cuando fui a una peluquería de Elizondo, me convencieron para que me tiñera el pelo de azul. No sé si por mi habitual falta de asertividad o porque realmente me gustaba la idea, terminé regresando en bicicleta y con el pelo coloreado. Que parecía un payaso fue la respuesta del leñador, del hombre del bosque. Semanas después, el día del campeonato, el color destiñó como las manos no acostumbradas a enfrentarse a la dureza de la madera. Ante la presión del mango del hacha y los gritos de los espectadores y seguidores. Ante las indicaciones del palo del asistente que marcaba el punto exacto donde el hacha debía penetrar la madera.

Las cadenas que portaba en el pantalón y mi estética hardcore de la adolescencia se fueron desvaneciendo. Las camisetas de Lawgagon y Pennywise dieron paso a las de Deftones, Korn y Rage Against The Machine. Eran los tiempos en los que los sábados por la mañana cogía la línea de autobuses de La Bazta-

nesa y partía hacia Pamplona a descubrir un nuevo mundo. En la capital de Navarra, a unos cuarenta kilómetros al sur de Arraioz, me perdía por el casco antiguo con pasos pesados que delataban mi procedencia rural y norteña. Allí descubriría una tienda de discos, en la calle Dormitalería, con el suelo de madera que crujía con cada paso. Recuerdo las rastas y la sonrisa del dependiente, que vivía la música de una manera apasionada y me descubría las novedades norteamericanas del nu-metal. Mis padres nunca me pusieron barreras ni límites cuando les hablaba de conciertos, una pasión que me llegó de forma algo tardía, superados ya los dieciséis años.

Fue entonces cuando, junto a unos cuantos amigos con gustos e inquietudes similares en el instituto, intercambiábamos los discos que íbamos comprando. Uno de ellos, Ion Mindegia, está ahora detrás de los grupos de música Monte del Oso y Kaskezur, agitando una escena musical navarra que se ha revitalizado enormemente en estos últimos años. Ion me escribía recientemente para pedirme un texto para *Azpisugeak*, el nuevo disco de Kaskezur, uno de esos gestos emotivos que simbolizan un retorno, una estancia a cientos de kilómetros, una rúbrica de que la ausencia física en un lugar concreto no supone desapego ni olvido.

En aquellos años de mi adolescencia grunge, post-grunge, hardcore y metal, no me importaba ir solo a Pamplona o a algún concierto o festival de música. Ahora, por ejemplo, me cuesta ir solo al cine. En eso consiste el esfuerzo y la superación del ser humano. Fue un logro importante, después de haber pasado por episodios de fobia social, el hecho de enfrentarme a situaciones ansiógenas. La música contundente apaciguaba todo aquel entramado interior de nudos y podas interiores; todo aquello que no podía expresar con palabras cogía formas

y significados en el silencio de la habitación acompañado por la música. Sentía cierta hostilidad hacia las labores que debía desempeñar, sobre todo los sábados, como hijo de un leñador y deportista rural. Las tareas de la escuela o del instituto también supusieron un refugio, un espacio propio y personal ante todo ese mundo del esfuerzo, la fuerza y el empeño en el que no me sentía cómodo. Para empezar no me encontraba a gusto con mi cuerpo. No lo quería. Me avergonzaba de él. Es decir, de mí. No podía casi ni mirarme al espejo. Desde pequeño siempre he sido rechoncho, el típico niño al que las abuelas del pueblo le cogen de la mejilla. Que iba para cura, decían.

No faltaban, por supuesto, los típicos comentarios sobre cómo había engordado, con cierta tosquedad y sin contemplaciones ni miramientos. Una de las personas que lo hacía con mayor frecuencia era mi abuela paterna, Teodora, cada vez que íbamos a visitarla a Bera, municipio navarro a tan solo seis kilómetros del País Vasco francés donde se encuentra el famoso caserón de Itzea, que fue propiedad de Pío Baroja y que hoy en día contiene una importante colección literaria. Los grandes personajes públicos en general han terminado eclipsando a sus hijos aunque hayan intentado continuar su estela. Pocos cortadores de troncos o levantadores de piedras recuerdo (quitando excepciones como en el caso de los Perurena) cuyos hijos hayan superado los logros de sus antecesores.

«Todo deportista tiene un mal día». Tuvieron que pasar más de quince años para que me atreviera a enfrentarme a la situación y preguntarle a mi padre si se avergonzó aquel día. El campeonato para el que me preparé durante meses esforzándome en ir, casi cada día, a andar en el monte y realizando entre dos y tres entrenamientos de corte de madera cada semana, aunque en el fondo todo aquello lo realizaba por él. Convenci-

do de la salubridad de practicar el deporte, y sabiendo que tenía unas cualidades (aún por curtir y profundizar) y el porte para ello, me puse a entrenar sin gran convicción. Sin creer en ello. Quizá fue esa falta de motivación la que condicionó el desastre. Creo que si te empeñas en hacer algo sin creer plenamente en ello, o sin que te ilusione de verdad, todo se terminará tambaleando ante tus ojos como temblaron mis manos ensangrentadas aquel día.

Tanto la familia de mi padre como la de mi madre han sabido prosperar y salir adelante desde la humildad y la escasez de los descendientes que no disponían ni de un caserío ni de terrenos para utilizar. La familia Larretxea es originaria de Arantza, ubicado a unos treinta kilómetros al noroeste de Arraioz, y es allí donde nació mi padre Patxi en el año 1955. La familia de su madre, Lizardi, era del pueblo de al lado, de Igantzi.

Cuando mi padre tenía seis años, su familia realizó el trayecto desde el pueblo de Arantza, hasta la ubicación del caserío de Goldaburu en Almandoz, en el barrio de Mendiola, la cara norte del puerto de Belate, treinta y cinco kilómetros al sur de su pueblo de origen. Patxi era todavía un niño que no tendría la ocasión de conocer la ingenuidad habitual de su edad. Simplemente se fue con sus pocas pertenencias a la espalda en un camión viejo de ganado, junto a las ovejas, hasta el caserío. Años después le conocerían con el mote de Goldaburu (era y sigue siendo muy característico llamar a alguien por el nombre de la casa o el caserío de donde proviene). La necesidad de buscar un futuro próspero y la urgencia de alimentar a los hijos hizo que tanto mi abuelo Joxe Mari como mi abuela Teodora dejaran atrás la cercanía familiar y aquellos bosques, riachuelos y prados de la comarca de Bortziriak-Cinco Villas y se ubicaran en un rincón del sur del Baztan.

Es allí donde se conocieron mis padres, en el pueblo de Almandoz. Existe alguna fotografía de aquel entonces en la que ambos posan junto a una prima de mi madre apoyados en un coche de aquella época. Mi padre viste de blanco, con la indumentaria tradicional de las competiciones de deporte rural. Mi madre también lleva pantalones blancos y una camisa del mismo color. La cubre una chaqueta roja, fina. Como si estuvieran en las universalmente conocidas fiestas de San Fermín de Pamplona.

Mi madre trabajó como camarera en el famoso restaurante Beola de Almandoz, como tantas otras jóvenes del valle de Baztan que no tuvieron ocasión de continuar con sus estudios por razones económicas. Mi padre siempre recuerda cómo su jefa la llamó para que les atendieran a él y a algún amigo suyo. Recuerda también cómo, nada más servirles, desaparecía de la barra con la rapidez que otorga el carácter tímido. Creo que entonces ya se había fijado en ella. Ella afirma que ya en aquella época le llamaban Goldaburu y era conocido en la comarca por participar en numerosas competiciones y apuestas de deporte rural. Como tantas parejas de la zona, comenzaron a hablar en la extinta Bordatxo, una sala de fiestas que ETA hizo volar por los aires en el año 2005 sepultando bajo un amasijo de escombros todas las historias y vivencias de encuentros y reencuentros alrededor de la música. Mi madre aún le recrimina que la noche en la que parecía que había un acercamiento él no bailara con ella, sino con su amiga.

Tanto mi padre como sus hermanos comenzaron a salir a trabajar fuera de la comarca y ya habían dejado el caserío por completo cuando decidieron que mi abuela Teodora podría vivir mejor en un piso de Bera, cerca de uno de sus hijos. Años después unos guipuzcoanos compraron y reformaron el caserío

de Almandoz. No puedo evitar quedarme observando la construcción, que se ve desde la carretera, cada vez que atravesamos los túneles de la N-121-A. Ese enclave de encrucijadas, rodeado de montañas con gran desnivel, donde cualquier paso alrededor del caserío suponía tener que enfrentarse a la dureza de las pendientes.

Otra de las razones de la madurez y de que la vida curtiera a mi padre y a mi tío Donato, así como a sus difuntos hermanos, a edades tan tempranas fue el fallecimiento de su padre Joxe Mari a los cincuenta y siete años. El tío Donato es quien más lejos ha llevado la savia familiar en las competiciones de corte de hacha, llegando a ser campeón de Navarra y del País Vasco y ganando más de una apuesta, aspecto en el que ahondaré en los próximos capítulos.

Ambas familias dejaron, por tanto, atrás los caseríos donde habían nacido. La familia de mi madre lo hizo debido al grave estado de salud de mi abuelo. Le recomendaron que bajara desde el caserío original de Laxkanberria, en los montes de Arraioz, donde el viento azotaba con fuerza, hasta la zona baja del pueblo. Los médicos pensaron que de esa manera podría mejorar tanto su respiración como su salud en general. Sin embargo, mi abuela Leonita terminaría viviendo un doble duelo en un breve espacio de tiempo. El primero fue dejar atrás la libertad del campo, las altitudes desde donde ver otros pueblos del valle y el hermoso paisaje. La tranquilidad de los caseríos ante la vida del pueblo donde inevitablemente hubo más control.

El segundo duelo fue por mi abuelo, que nunca llegó a dormir en la casa del pueblo. Como si no contemplara esa posibilidad. Como si no se permitiera dejar atrás la tranquilidad de esa vida en el caserío con los animales y la huerta al lado para establecerse en una casa rodeada por otras casas en el pueblo.

Mi abuela contaba que cada día alzaba su mirada desde el pueblo hacia la zona alta, adentrándose en el monte, donde se ubican los caseríos. Están tan alejados que muchos de ellos ni siquiera se ven desde el pueblo. Hay casas tan recónditas en el valle que recuerdo cómo a algunos compañeros de clase les llegaron a preparar habitaciones en el colegio de San Francisco, en Elizondo, para que no tuvieran que recorrer más de tres horas cada día.

Para muchas familias que vivían alejadas de los pueblos era habitual cambiarse de calzado nada más dejar el camino de tierra que muchas veces se convertía en un barrizal. Colgaban en un portillo, en un poste o dejaban bajo el helecho las abarcas con las que volverían a subir las pendientes. Las cambiarían por los zapatos de domingo para ir impolutos a la misa mayor.

La historia de mi abuela materna tiene similitudes con la de la familia de mi padre. Cuando tenía un año, y aunque naciera en el pueblo de Amaiur, ubicado en el norte del valle de Baztan y colindando con los pueblos de Urdax y Zugarramurdi, pueblo rodeado de historia relacionada con las brujas y la Inquisición, a pocos kilómetros de la frontera con el País Vasco francés, la llevaron a vivir con sus tíos, que vivían en Arraioz, porque no tenían descendencia. Al parecer, era habitual en esa época enviar a un hijo o una hija a un caserío en el que no existía el bullicio infantil. Recuerdo cómo ella expresaba esa pesadumbre, la pena de que se la llevaran del regazo familiar a una edad tan temprana. Aunque la mandaron al pueblo con apenas un año, nunca se olvidaría del caserío donde nació, de las primeras palabras que escuchó. De hecho, cuando se lo podía permitir, cogía el autobús hasta Elizondo y desde ahí volvía caminando hasta el caserío de Alamenea de Amaiur, al norte del valle de Baztan.